MARTINEZ DEL RIO.

El ilustre doctor Louis.



EL ILUSTRE DOCTOR LOUIS.

NOTICIA BIOGRAFICA.

En todo tiempo se ha visto con respeto á los hombres eminentes que consagraron su vida al progreso de la ciencia: su memoria ha sido honrada por todas las naciones civilizadas, y con justicia han sido considerados con veneracion aquellos que por sus proezas científicas resultaron ser grandes bienhechores de la humanidad.—¿Quién no mira en nuestros dias con admiracion y con gratitud á los sabios que sujetaron el formidable poder de la electricidad al servicio del hombre, permitiéndole así conversar á traves del mundo;—á los que encadenaron la fogosa potencia del vapor para surcar los mares á despecho de las tempestades, y para conducir en la tierra firme con asombrosa velocidad la multitud de viajeros que hoy dia atraviesan enormes distancias sin sentirlo, sin interrumpir su sueño ni sacrificar ninguna de sus comodidades?—Metafóricamente dijo un gran monarca, que ya habian desaparecido los Pirineos, y literalmente hablando hoy decimos todos que para el viajero ya no existen ni los Alpes ni las montañas Rocallosas, pues el convoy que sale de San Petersburgo, muy pronto se encuentra al pié del Monte Cenicio, y volando por las entrañas de ese gigante, en pocas horas llega hasta Brindisi, al extremo Sud de la Italia; miéntras que el americano, que es avariento del tiempo, en seis dias se traslada de San Francisco de California á Nueva-York, burlándose de la alta cadena de los Andes, de los pavorosos desiertos del «Llano Estacado,» y de la inmensa distancia que separa aquellos centros mercantiles.

No ménos dignos de nuestra admiracion y respeto fueron aquellos varones ilustres que, consagrando sus dias al alivio de nuestros males, se cubrieron de la más pura de las glorias, enseñándonos el modo de vencer las enfermedades y aun de evitarlas, de prolongar la corta vida del hombre, y en tantos casos, de librarlo de crudísimos dolores. ¡Cuán diversa es esa gloria de la del ambicioso guerrero que para distinguirse sacrifica sin escrúpulo muchos millares de sus semejantes!—¿No debemos, pues, un tributo de eterna gratitud á los hombres que nos dieron

el ejemplo de una sublime virtud, trabajando sin cesar por el progreso de la ciencia médica, afrontando en silencio los peligros del contagio, las repugnantes tareas del hospital y del anfiteatro de anatomía, el sacrificio de toda comodidad y aun de la propia salud por conseguir la ajena, y que, arrebatando á la naturaleza sus misterios á fuerza de estudio y de desvelos, lograron grandes adelantos en el dificílimo arte de curar? —Muy justamente han sido considerados esos héroes de la ciencia como semidioses, pues parece que en ellos ardia de veras una chispa de la Divinidad.

Y porque el ejemplo de esos varones esforzados es propio para animar á los que siguen nuestra penosa carrera, y para mantener vivo y ardiente en sus corazones el fuego sagrado, que es el único estímulo capaz de alentar al médico en medio de tantas dificultades y privaciones, yo he creido que en la época actual, en que dominan las aspiraciones mezquinas y bastardas, seria provechoso para la Facultad el recordar una de las figuras más nobles y elevadas que hayan presentado los anales de la ciencia en todo el siglo que corre: me refiero al insigne Dr. Louis, cuyo nombre será visto con veneracion miéntras la humanidad no pierda la memoria de sus bienhechores.

Pedro Cárlos Alejandro Louis, nació el 14 de Abril de 1787 en la pequeña villa de Aí, en la provincia de la Champaña. Huérfano de padre á los seis años de edad, y en medio de la borrascosa revolucion francesa, no fué sin dificultad que el jovenzuelo Louis pudo seguir los estudios de humanidades que luego fué á completar en Paris: mucho le debió para esos estudios preliminares á un anciano benedictino.

Destinado á la carrera de la abogacía, dió algunos pocos pasos en ella el jóven Louis; pero muy pronto la abandonó y se dedicó al estudio de la medicina, que principió el año de 1807 en la ciudad de Reims bajo los auspicios de un cirujano llamado Noël.—Al cabo de un año se dirigió á Paris con recomendacion para el Dr. Lerminier, quien lo desvió del «internado» de los hospitales, privándolo así de todas las ventajas que proporciona esa vía, no solo para los estudios, sino tambien respecto de la proteccion que encuentra en Francia el médico que fué «interno.»

En 1813, á los 27 años de edad, sostuvo Louis su tésis y recibió el grado de Doctor.—Apénas principiaba á ejercer su profesion en Paris, cuando murió el amigo que lo protegia, y desde luego decidió Louis expatriarse: quiso primero ir á ejercer en Constantinopla, pero un incidente muy casual le hizo renunciar á este proyecto, y dirigirse á Rusia.

Como gobernador que era de la provincia de Podolia, iba para Rusia

el Conde de Saint-Priest, y se detuvo en Aí para visitar á la familia Louis, de la cual era amigo. A la sazon estaba el jóven doctor vacilando sobre el partido que debia adoptar, y el Conde le propuso llevárselo desde luego á Rusia, cuya propuesta fué aceptada en el acto.—En compañía del conde hubo de ir Louis á Odessa, y allí se radicó para ejercer su profesion: ni tardó nada en hacerse notar por su talento y bellas cualidades, sino que muy pronto adquirió una brillante clientela al mismo tiempo que el aprecio universal. Así es que su reputacion fué creciendo de tal manera que, sin saberlo él mismo, fué nombrado médico de cámara del Emperador Alejandro por el ministro de la casa imperial, el Conde de Wolkonski.

En medio de la próspera y honrosa posicion que se habia creado en Odessa, tomó de repente Louis la resolucion de volver á Paris por un escrúpulo de conciencia que solo podrán apreciar debidamente los que tuvieron el privilegio de conocer íntimamente el noble carácter del Dr. Louis.—Hubo en Odessa en aquel año, 1820, una epidemia terrible de croup y de angina cuanosa, y al ver Louis la espantosa mortandad que causaba, y su impotencia para evitarla, le ocurrió que tal vez no estaria él enteramente al nivel de la ciencia en esa materia. Creyó, pues, que era su deber volver á Paris para imponerse de los progresos que sin duda se habian hecho en el tiempo de su ausencia. Apénas concibió esta idea cuando la puso en práctica. Volvió, pues, á Paris, y por espacio de seis meses se consagró exclusivamente á observar todo lo que se hacia en el «Hospital de Niños,» con lo cual quedó convencido que en nada, ó casi nada habia variado la patología de la niñez.

Ya que estaba en Paris, trató Louis de radicarse en aquella metrópoli, arrastrado principalmente por el deseo de imponerse á fondo de la revolucion que se operaba entónces en el mundo médico por la nueva doctrina llamada «fisiológica» de Broussais.

Despues de estudiar con esmero los escritos de Broussais, que no conocia todavía, temió Louis no haber comprendido bien una doctrina que no le parecia demostrada suficientemente; y como su lealtad científica era absoluta, por espacio de dos meses estuvo siguiendo con la mayor puntualidad las lecciones del que tenia por entónces encadenada la admiracion entusiasta de aquella generacion médica, de la juventud especialmente.

En medio de aquella especie de locura que habia excitado la palabra ardiente de Broussais y su fogosa crítica de la medicina antigua, reduciendo toda la patología á la irritacion y á la inflamacion, el recto y sano

criterio de Louis se mantuvo libre de la pasion que dominaba á la inmensa mayoría de los médicos. Considerando que las ciencias de observacion solo se pueden fundar en hechos bien demostrados, y no en puras teorías, Louis fué uno de los pocos que resistieron el delirio médico de aquella época, y en ese corto número encontró á uno de sus antiguos condiscípulos, que tambien estaba destinado á ser una de las glorias de la medicina francesa: me refiero al célebre Chomel. Conservando los dos la independencia de un juicio sano y reservado á pesar del entusiasmo febril que reinaba en favor del broussaismo, esta comunidad de ideas estrechó aun más la amistad que unió á aquellos dos hombres ilustres en todo el resto de su larga carrera.

Considerando la medicina con su verdadero carácter de ciencia, hija de la observacion, creía Louis que debia desterrarse de ese estudio todo espíritu de hipótesis, y no admitir como cierto y como parte de esa ciencia, más que lo que fuera de veras evidente ó rigurosamente demostrado. No podia, pues, admitir la doctrina de Broussais, de un hombre que tenia la «manía pueril,» como decia Louis, de poner la hipótesis en lugar de los hechos, y que no tenia costumbre de probar lo que decia. Creía Louis, con sobrada razon, que era preciso salir de ese laberinto de afirmaciones, muchas veces estravagantes, de esos raciocinios sin ninguna base sólida, sobre hechos que no estaban demostrados, que desfiguran una ciencia cuya mira es tan elevada, y la reducen á un tejido de hipótesis que la degradan.

Para penetrarse de todo el mérito de esa oposicion que declaró Louis á las falsas teorías de Broussais, es preciso recordar que en aquella época era casi absoluto el dominio de esas doctrinas, es decir, del delirio Broussaista. Tratando por su parte de arrancar la medicina de esa falsa ruta, Louis comparaba su estudio al de la química, cuya ciencia tambien estuvo oscurecida por mil errores, hasta que se adoptó el camino recto del análisis riguroso, de la escrupulosa exactitud en las experiencias, etc. Advirtiendo, pues, que tanto los antiguos como los modernos habian faltado á ese rigorismo de observacion que es indispensable para evitar el error, fundando sus ideas sobre hechos ya mal observados, ya escogidos segun la conveniencia del que los interpretaba, y muchas veces recogidos por novicios á quienes se encomendaba esa delicada tarea, Louis se empeñó en demostrar la necesidad de observar con escrupulosa exactitud, interrogando en cada enfermo las funciones todas, el estado de todas sus entrañas, y despues de la muerte estudiando minuciosamente el estado de todos los órganos, llevando por escrito una cuenta fiel y

circunstanciada de cuanto habia presentado al observador cada enfermo, y sin pretender sacar ninguna conclusion miéntras no se tuviera presente una serie numerosa de hechos muy completos y muy bien observados.—Este método riguroso que por sí mismo se recomienda, nadie lo habia puesto en práctica de veras, hasta que con su propio ejemplo vino Louis á demostrar su inmensa importancia.

Con efecto, á los 34 años de edad, en la época de la vida en que todos los médicos procuran aprovechar sus conocimientos para lucrar por su profesion, Louis tomó la noble resolucion de volver á estudiar con ese rigorismo de que hemos hablado.—Protegido en esa laudable empresa por Chomel, quien puso á su disposicion las salas de San Juan y San José, que él dirigia en el hospital de la Caridad, se encerró en aquel hospital de una manera absoluta el Dr. Louis, y por espacio de seis años consecutivos se dedicó á estudiar minuciosamente los enfermos que entraron á aquella clínica: todos sin excepcion fueron observados con el mismo rigorismo, llevando por escrito la historia circunstanciada de cada cual, y practicando la autopsía de los que morian con tal escrúpulo, que nunca duraba cada inspeccion ménos de dos horas. Así es, que en todos esos años de reclusion voluntaria, el universo entero estuvo reducido para Louis á las dos enfermerías mencionadas, al anfiteatro de anatomía, y al entresuelito del mismo hospital que era su morada. Para darle todo su mérito á ese rasgo extraordinario de aplicacion y de constancia, conviene recordar que en aquella época ningun profesor se tomaba la molestia de recoger y escribir la historia de los enfermos, sino que esa importante tarea se confiaba á los alumnos, que, como novicios, no podian desempeñarla debidamente. La ciencia se fundaba en los conceptos de la imaginacion, y no en los hechos rigurosamente establecidos; de manera, que la nueva senda adoptada por Louis, y la singular constancia con que la siguió, no solo causaron sorpresa y admiracion por parte de algunos, sino aun lástima y crítica por parte de otros, y fué preciso que desplegara Louis toda la firmeza de su carácter, para sobreponerse á la murmuracion que lo queria poner en ridículo; ni dió punto á esa laboriosa empresa hasta que hubiera acopiado más de dos mil historias, todas recogidas con el mismo escrúpulo de exactitud y sin ninguna especie de eleccion, sino conforme ellas se fueron presentando, y limitándose á separar únicamente las enfermedades crónicas de las agudas.—Para analizar luego ese arsenal de materiales científicos, consagró Louis otro año entero de su preciosa vida, y con el fin de evitar toda especie de distraccion, se retiró á Bruselas, viviendo allí como un er-

mitaño hasta que hubo terminado ese árduo é interesantísimo trabajo.

Seria supérfluo enumerar las obras del Dr. Louis: ellas forman parte de toda biblioteca médica, y han sido el oráculo de todos los que han escrito sobre esas materias; pero un hecho capital muy digno de recordarse es la importantísima reforma que produjo en el modo de cultivar la ciencia ese ejemplo extraordinario de rigurosa exactitud, de minuciosa y perseverante observacion, llevando cuenta escrupulosa de todo con absoluta imparcialidad, y sin más objeto que el descubrimiento de la verdad. Ese «Método Numérico,» como se ha llamado desde entónces, es acaso el mayor servicio que hiciera Louis á la ciencia, ya que sus trascendencias son incalculables.—Pero como él exige una grande laboriosidad y una severa conciencia científica que no todos poseen, desde su orígen tuvo por detractores los genios superficiales y desaplicados, que en vez de consultar la única autoridad legítima, que es la de los hechos bien establecidos, prefieren entregarse á los sueños de la imaginacion, que es la senda del error.—Sin embargo, tal es el imperio de la verdad, que insensiblemente se fué entronizando en los trabajos científicos esa severidad de observacion, y nadie que aspire á un resultado serio é importante, se permitiria en el dia apartarse de ese camino real que trazó Louis, y que fué tratado aun con burla en sus principios.

De la aplicacion de ese método riguroso á sus prolongados estudios nacieron los descubrimientos patológicos, que de por sí bastarian para inmortalizar el nombre de Louis. De paso me permitiré recordar que por ese método numérico, y de una manera inesperada, vino él á averiguar que sobre 150 casos de tísis pulmonar, solo una vez dejaron los tubérculos de principiar por el apice del pulmon: á nadie se le oculta la importancia de este hecho para el diagnóstico de esa terrible enfermedad. Otro hecho no ménos interesante que brotó de esos estudios, es el de presentarse siempre los tubérculos en el pulmon cuando existen, en el adulto, en algun otro órgano.—Ni puedo ménos de recordar tambien la grande confusion que reinaba en la ciencia en materia de fiebres, hasta que vino Louis á demostrar la unidad de la fiebre tifoidea, confundida por diversos patologistas anteriores bajo títulos y conceptos diferentes. —Apénas regresesaba Louis de Bruselas á Paris, cuando dió á luz esa obra memorable sobre la fiebre tifoidea que llama el Dr. Woillez «una pirámide de granito» que desafia las variaciones del tiempo, porque está fundada en la verdad.

Al concluir la impresion de esa preciosa obra, obtuvo Louis la distincion de ser nombrado por la Academia de Medicina para ir á estudiar en

compañía de los Doctores Chervin y Trousseau la epidemia de fiebre amarilla que estalló en Gibraltar en 1828.—No habiendo podido entenderse con Chervin, que ya habia observado la enfermedad en América y tenia opiniones muy arraigadas sobre esa materia, miéntras que Trousseau y Louis iban á desempeñar su mision libres de toda prevencion, quiso Louis reservar sus trabajos de Gibraltar, y éstos vieron la luz pública por primera vez diez años despues de haber sido escritos, y en país extranjero: fueron publicados primero por el Dr. Shattuck en Boston en 1839 (en legua inglesa), y más tarde formaron parte del 2.° tomo de las Memorias de la Sociedad de Observacion que se publicó en 1844.

Miéntras que desempeñaba su mision en Gibraltar, el mismo Louis fué atacado por la epidemia de fiebre amarilla, pero tuvo la fortuna de sanar.—Al regresar á Paris fué nombrado Caballero de la Legion de Honor, y en seguida médico del hospital de la Piedad; allí tuvimos nosotros la dicha de conocerlo. Más tarde se presentó por primera y única vez á la oposicion que se abria para una cátedra de clínica interna; pero la rectitud y la severidad de sus principios se amoldaban muy mal con esas luchas mentirosas, en las cuales triunfa casi siempre la intriga y no el verdadero mérito. Penetrado sin duda de esta triste verdad, jamás volvió Louis á presentarse á ninguna oposicion: consagrado á sus deberes como médico de hospital, los desempeñó por una larga serie de años con un celo y una puntualidad verdaderamente ejemplares.

La grande reputacion que habia adquirido Broussais con el triunfo efímero de sus doctrinas, le permitió obtener sin dificultad una cátedra en la Escuela de Paris, miéntras que Louis habia intentado en vano llegar al magisterio oficial; pero el público médico fué más justo que los jurados de oposicion. A la vez que el escaso auditorio de Broussais le hacia palpar á éste la decadencia de su reinado científico, las conferencias clínicas que estableció Louis en el hospital de la Piedad, cada dia eran seguidas con mayor entusiasmo y constancia por una clase de estudiantes que debia llenar de satisfaccion al maestro, pues se componia de alumnos que abandonaban sus clínicas oficiales por ir á beber en la rica fuente de verdad que les ofrecian las lecciones de Louis, y tambien de muchos facultativos extranjeros que iban á perfeccionarse en aquella admirable enseñanza que solo pueden apreciar debidamente los que tuvieron la buena suerte de aprovecharla. Con efecto, los profundos conocimientos de Louis lucian en sus lecciones como luce la luz del sol en medio de la oscuridad. El ermitaño médico del hospital de la Caridad llegó muy pronto á ser aclamado como el primer patologista de su época,

recogiendo así lo que habia sembrado. Su reputacion no tardó en ser mundana, y sin más proteccion que la de su propio mérito, vino Louis á ser el oráculo de sus compañeros, el consultor predilecto de los primeros médicos de Paris, como tambien de los facultativos extranjeros que siempre abundan en aquella metrópoli de la ciencia; justa recompensa de esa abnegacion heróica que habia mostrado Louis en busca de la verdad!—Esos triunfos no tardaron en excitar los celos de Broussais, cuyas diatribas apasionadas contra Louis forman contraste con la defensa de éste, llena de dignidad y de circunspeccion. Seria supérfluo insistir en este punto que solo pertenece ya á la historia de la ciencia, pero no será ocioso observar, que miéntras que los escritos de Broussais quedan en el dia olvidados en las bibliotecas, las obras de Louis son consultadas en la actualidad como lo fueron en el principio, porque la verdad es invariable é imperecedera.

Por la misma naturaleza de las cosas se encontró Louis considerado como Gefe de Escuela, y algunos de sus discípulos tuvieron la feliz idea de formar una sociedad con el objeto de perpetuar ese rigorismo en el estudio clínico que habia iniciado su maestro. Tal fué el orígen de la «Sociedad Médica de Observacion de París,» que se fundó en 1832, y que por muchos años fué presidida por el mismo Louis.—Yo tuve la honra de ser admitido como uno de sus socios desde el año de 1834, y de tener por colegas á los que entónces eran simples practicantes mayores, ó sea «internos,» y que despues han alcanzado una grande y muy merecida reputacion: me refiero á los Doctores Grisolle, Barth, Valleix, etc., sin olvidar á otros tantos que posteriormente se han distinguido por sus obras, como los Doctores Rillet y Barthez, y el autor del «Diccionario de Diagnóstico,» el muy distinguido Dr. Woillez.

Hasta ahora solo hemos hablado del eminente sabio; pero si pasamos á considerar el hombre privado, nos faltarán palabras para elogiar el alma noble y elevada, el carácter recto y generoso del Dr. Louis.—Su frente alta y espaciosa anunciaba su grande inteligencia: su fisonomía grave y casi austera, revelaba la rectitud de sus principios y de su conducta: en una palabra, era en alto grado imponente ese tipo venerable que á todos inspiraba respeto, y que nadie podia olvidar despues de verlo una sola vez.—¿Y por qué atraía los corazones ese hombre alto y de un aspecto tan serio?—Porque su propio corazon era de oro, para servirme de una frase vulgar: porque era magnánimo y generoso en grado superlativo como lo demostrará el resto de mi narracion, y muy particularmente la conducta que tuvo conmigo.

En medio de una vida tan activa y atareada, siempre encontraba Louis tiempo para servir á los compañeros que lo necesitaban, trasladándose á veces á grandes distancias para asistirlos.—Siempre listo para hacer el bien, fueron muchos y muy notables los rasgos de generosidad que salieron de ese noble corazon, y que él procuraba ocultar con la delicadeza propia de la virtud.—Cuando el distinguido Leuret fué atacado repentinamente de fenómenos cerebrales muy graves miéntras que se dirigia á la Provenza, al instante que recibió Louis la noticia, tomó una silla de posta y fué hasta Vierson, para atender y llevar á Paris á su amigo enfermo; éste habia ya sido condecorado con la cruz de la Legion de Honor, tan bien merecida, por influjo del Dr. Louis.

Otro amigo y antiguo discípulo que supo inspirar á su maestro un grande aprecio, no hubiera podido publicar la obra que tanto honra su memoria, á no ser por la espontánea y singular generosidad del Dr. Louis. —Llegando éste á saber que Valleix no podia dedicarse á la redaccion, ni ménos dar á luz su «Guía del Médico Práctico,» por falta de recursos, en el acto le ofreció Louis adelantar todos los fondos que fueran necesarios, destruyendo todos los documentos que acreditaban la deuda, y obsequiando por fin definitivamente al amigo con todo el importe, que no bajó de unos veinte mil francos!

De la misma manera llegaron á ver la luz pública los trabajos que por espacio de diez años habia seguido el malogrado Dr. Sestier.—Habiéndolos obtenido de la viuda, confió Louis esos materiales tan importantes al Dr. Méhu, quien los coordinó y completó, formando así la obra en dos tomos sobre electricidad, cuyo mérito es bien conocido.

Con semejantes sentimientos, no podia dejar de ver Louis con sumo interés la Sociedad de beneficencia que fundó su amigo Orfila para los médicos desvalidos, y al morir le dejó un legado de mil y quinientos francos *de renta*.

Seria largo y aun difícil referir todos los actos de beneficencia del ilustre Louis, pues muchos de ellos quedaron ocultos por su genial delicadeza. Y solo porque me creo obligado á respetar doblemente esa delicadeza despues de la muerte, paso en silencio el magnánimo proceder que tuvo conmigo mi amado Maestro cuando me vió agobiado por la adversidad, mis bienes confiscados y vendidos, y desterrado yo con numerosa familia; pero no puedo ménos de declarar al mundo entero que en esa triste situacion, fué para mí el Dr. Louis un segundo padre en toda la extension de la palabra.

Tambien esa alma noble y generosa fué probada de la manera más

cruel y aflictiva, para que no faltara nada á ese admirable modelo de ciencia y de virtud.—A los 18 años de edad, y cuando terminaba sus estudios de humanidades con grande distincion, fué atacado el hijo único de Louis por la tísis pulmonar, por esa terrible enfermedad que no perdona, y cuyo estudio habia adelantado su padre de una manera tan notable. Era el jóven Armando una perla preciosa, las delicias de toda la familia y la esperanza de sus venerables padres. En vano se trasladó la familia á Pau: en vano se agotaron todos los recursos del arte: la inexorable tísis llevó rápidamente su víctima al sepulcro, marchitando para siempre la felicidad de los padres!—Desde ese dia funesto en que vió frustradas sus más caras y legítimas aspiraciones, ya no vivió Louis más que para hacer el bien de cuantas maneras estuvieron á su alcance. Repugnándole ya todo interés mundano, con harto trabajo consiguieron sus amigos que consintiera en seguir dando consultas á un corto número de sus antiguos clientes. Diariamente dejaba toda otra ocupacion á cierta hora para ir hasta el cementerio de «Mont Parnasse» á visitar el sepulcro de su hijo: seria largo de referir todos los actos de ese tierno amor paterno que inspiró á Louis su profundo dolor.—Pero á la altura de esa inmensa desgracia estaba tambien la fortitud con que supo sufrirla el venerable Louis, mostrando constantemente una serenidad y una resignacion verdaderamente ejemplares.

De intento habiamos pasado en silencio hasta ahora lo relativo al matrimonio de Louis, porque su orígen y todas sus circunstancias merecian una mencion muy especial.

Tratándose de elegir un facultativo que reuniera méritos y prendas muy singulares para confiarle la salud de una señorita de familia noble y muy distinguida, fué consultado sobre este punto Magendie, quien no vaciló en señalar á Louis como el más propio para el caso.—De esa manera tan fortuita fué conducida á la modesta habitacion de Louis en el hospital de la Caridad, una jóven hija del marqués de Montferrier, y esa era el ángel que Dios habia destinado para ser la compañera y el consuelo de tan insigne varon. Para elogiar el mérito de esa admirable señora, toda ponderacion seria corta. Modelo de gracia y de sublime virtud, uniendo la dulzura de su sexo á una alma tan elevada como la de su marido, fué de veras digna esposa del ilustre Dr. Louis. Haciendo el bien constantemente, y haciéndolo con una encantadora afabilidad, su envidiable mision ha sido la de consolar el infortunio de sus amigos, y de enjugar las lágrimas del desvalido.—Tambien ella está ahora triste y afligida desde que se fué al Cielo su amado esposo; pero su propio lu-

gar está marcado allá arriba, y, miéntras llega la hora, ella sufre su viudedad con cristiana resignacion: á su vez se llevará de este mundo la inestimable riqueza de sus buenas obras, y las bendiciones de cuantos la conocieron.

En medio de su pacífico retiro, alcanzó Louis una edad muy madura: pasaba los inviernos en Paris, y los veranos en una casita de campo en el «Bois de Boulogne;» y aunque en los últimos tiempos no se ocupara ya de cosas médicas, nunca dejaba de concurrir á la Academia de Medicina, ni tampoco cesaba de usar su influjo y sus propias diligencias para servir á sus amigos. Y hablo yo como testigo ocular por haber disfrutado el privilegio de la intimidad en aquella respetable familia, y haber sido uno de los amigos más favorecidos.

Vino por fin una penosísima enfermedad á afligir esa venerable senectud, y despues de crudos padecimientos que sufrió con su genial firmeza y serenidad, sucumbió Louis á los 85 años y meses de su edad.

Así terminó su vida ejemplar el insigne Dr. Louis: modelo perfecto de rectitud en toda cosa, de fidelidad en el cumplimiento de sus deberes, de laboriosidad, de celo constante y generoso para sus amigos, y de una rigurosa moralidad en todos los actos de su larga carrera. Su nombre será trasmitido á la más remota posteridad con la aureola de purísima gloria que pertenece á los bienhechores de la humanidad!

Algunos de los datos que contienen estos apuntes los he debido á la Memoria biográfica que publicó en Paris en 1873, mi buen amigo el Dr. Woillez, celebrando, como yo, el singular mérito de nuestro querido é inolvidable maestro.

México, Julio 21 de 1875.

Dr. Martinez del Rio.

gar está marcado allá arriba, y, mientras llega la hora, ella sabrá en viudedad con cristiana resignación á su vez se llevará de este mundo la inestimable riqueza de sus buenas obras, y las bendiciones de cuantos la conocieron.

En medio de su pacífico retiro, alcanzó Louis una edad muy avanzada; pasaba los inviernos en Paris, y los veranos en una casita de campo en el «Bois de Boulogne»; y aunque en los últimos tiempos no se ocupara ya de cosas médicas, nunca dejaba de concurrir á la Academia de Medicina, ni tampoco cesaba de usar su influjo y sus propias diligencias para servir á sus amigos. Y hablo yo como testigo ocular por haber disfrutado el privilegio de la intimidad en aquella respetable familia, y haber sido uno de los amigos más favorecidos.

Vino por fin una penosísima enfermedad á afligir esa venerable senectud, y después de crueles padecimientos que sufrió con su genial firmeza y serenidad, sucumbió Louis á los 85 años y meses de su edad.

Así terminó su vida ejemplar el insigne Dr. Louis: modelo perfecto de rectitud en toda cosa, de fidelidad en el cumplimiento de sus deberes, de laboriosidad, de celo constante y generoso para sus amigos, y de una rigurosa moralidad en todos los actos de su larga carrera. Su nombre será trasmitido á la más remota posteridad con la aureola de purísima gloria que pertenece á los bienhechores de la humanidad.

Algunos de los datos que contienen estos apuntes los he debido á la Memoria biográfica que publicó en Paris en 1873, mi buen amigo el Dr. Woillez, celebrando, como yo, el singular mérito de nuestro querido é inolvidable maestro.

México, Julio 21 de 1876.

[illegible]